

27/7/59

EL POETA MUEVE UNA PRENSA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

De Suecia, país en el que viviera por largos años cumpliendo tareas de catedrático universitario, trajo Javier Sologuren, como parte de su equipaje, una pequeña prensa, de las de la especie conocida con el nombre de minerva, acariciando tenazmente un antiguo proyecto de editor. Hubo quienes, invariablemente escépticos, no dejaron de sonreír ante los planes del poeta. Sin embargo, a los que lo conocíamos no se nos ocultaba que este delicado artista, autor de poemas de luminosa transparencia, de grabados de sutil espectro lírico, de estampados en tela de rara calidad, era capaz de realizar, con tan precarios medios mecánicos, algo bello y selecto. Y ya lo ha hecho. Circula con el pie de "La Rama Florida" el primer tomito de su colección, compuesto con monotipo, impreso en la minerva, encuadernado a mano, ilustrado con la reproducción de una xilografía y limitado en su tiraje a doscientos ejemplares numerados. Se trata del "Arte Poética" de Roger Callois, serie de aforismos acerca del "metier" del poeta que el propio Sologuren ha traducido con amor y penetración. En labor se halla una canción quechua y en estudio otros pequeños volúmenes que aparecerán regularmente.

El quehacer tipográfico, sobre todo en su faz artesanal, no ha sido nunca ajeno a los literatos. Cercano está el ejemplo de Manuel Altolaguirre que en "La Verónica" editó tantas hermosas páginas de la literatura contemporánea española, y recordamos a propósito colecciones como las de "El Clavo Ardiendo", de México, y la de Marcos Fingerit, de la Argentina, que hasta hace unos años nos traían alguna fina sorpresa gráfica y poética. No sólo los bibliófilos, sino aun todos los lectores que añaden al goce del texto el del libro-objeto, primor de ejecución técnica, suelen mostrar una especial predilección por esta clase de producciones gráficas que constituyen el polo opuesto del "best-seller", sensacional, del festival ruidoso, de la industria para la gran demanda general. Estos libros se guardan como joyas —joya llama precisamente Aguilar, de España, al tomito que obsequia a sus amigos en cada navidad— y se releen en ciertas ocasiones, casi inopinadamente, como quien saborea un placer infinito, inagotable. No son libros de bolsillo, pues requieren un trato respetuoso, una consideración privilegiada, un cariño genuino. No se prestan, no van a parar a las librerías de viejo, no los subrayamos, y en el estante forman una torrecilla que proclama su destino excepcional, diferente del resto impreso.

Es necesario aquí hacer hincapié en una circunstancia especialísima. Sologuren no aspira a lucro alguno con las ediciones de "La Rama Florida". Si se valorizaran en dinero las horas que pierde con el "componedor" en la palma, extrayendo de la caja los tipos y colocándolos en la hilera, guillotinando el papel, moviendo la rama y el rodillo mientras pone y quita los pliegos, cosiendo los cuadernillos, engomándolos y empaquetándolos, cada librito costaría un dineral. Pero su tiempo de artesano es un tiempo de poeta. No tiene precio y, por ende, no se puede considerar en ese rubro que los economistas denominan costo. Si se observa el ejemplar del "Arte Poética" de Callois, todo parece hecho en un tris, más lenta y fatigosa ha sido la obra. Guardar el pequeño volumen es conservar un sueño sin fronteras, una inspiración de toda una vida.

El último aforismo de Callois puede ser el lema de Javier Sologuren en ésta y otras obligaciones estéticas que se ha impuesto: "He escogido esta vía libremente. No me quejaré de haber fracasado: otro éxito no me hubiera satisfecho". Y en una tierra de esfuerzos frustrados, de ambiciones cortas, de anhelos inmediatos, de gustos fanfarrones, el elegir un modo de existir y de crear así es superior. Es el camino más largo al triunfo, pero cuán breve resulta si se piensa que el atajo habitual no arriba a ninguna parte.